

# La Luz del Porvenir

Gracia 30 de

Marzo de 1893.

PRECIOS DE SUSCRICION.  
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,  
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El templo perecedero.—Un entierro solemne

## EL TEMPLO PERECEDERO

—▶▶▶▶( Y EL DE LA )◀◀◀◀—

## VERDAD ETERNA

Forzoso se hace para desvanecer arraigadas preocupaciones que tuvieron profundas raíces germinadas por la maldad de unos y la ignorancia de otros, formar paralelos, con los que se pueda demostrar la verdad racional, para auyentar el error muy craso por desgracia, en la mujer, condenada desde luengos tiempos al exclusismo de la ciencia por la incuria del hombre, que, por lo general, sólo ha visto en ella un mero pasatiempo á sus veleidades ó caprichos, sin considerar que la mujer bien dirigida y mejor educada, puede hacer más que el hombre, siquiera sea por el ascendiente que tiene sobre sus hijos, única compensación justa á sus afanes y desvelos.

Hacer ver á la mujer la verdad, por mí presentida, es todo mi ideal, por lo que no omitiré ninguna investigación ó comparación entre el bien y el mal, siendo lo primero lo que mi espíritu desea para toda la humanidad.

¿Quién mejor puede compadecerse del que gime, que el que también llora hondos sufrimientos? Nada me extraña que la mujer muy desgraciada vaya en gran mayoría á pedir al templo lo que la sociedad le niega, creyéndose hallar en él un Dios de luz y de amor entre la obscuridad y la ignorancia de las pasiones. Esta clase de mujeres con ser muchas, son las menos, pues las más acuden á él por el rutinarismo de los tiempos ó la hipocresía de la conveniencia. Yo también sentí esa necesidad moral, y un día fuíme al templo en busca del consuelo que mi alma necesitaba, creyéndome, en mi desgracia hallar un Dios que trocara en calma mi intranquilidad. ¡Más cuán triste decepción sufrió mi razón al filosofar aquel día sobre lo que otras veces habíame pasado desapercibido! Aquella mañana mi inteligencia estaba despejada sin embargo de la lucha que sostenía. Seguí maquinalmente la nave de la iglesia sin dejar de meditar, pues aquella opaca y artificial luz, me parecía la tumba que sepultaba nuestra razón en el abismo de la ignorancia, quedando mi contristado ánimo mas abatido que antes.

Yo buscaba sublimidad y sólo encontraba el más ó menos gusto artístico con que se distinguían los vestidos de algunas imágenes por sus delicados bordados y ricos

encajes, puestos en mudos bustos de madera, retratos hechos sin el propio original y amoldada su hechura según el cargo ó la gracia que se les había otorgado. Vírgenes creadas por la fantasía menos apropiadas que las Hadas; pero mucho más productivas. No faltaba en ningún altar la efigie del gran mártir y mayor moralista Jesús, dechado de amor y saber, cuya figura tanto han escarnecido los falsos sacerdotes á la sombra de un dogma que los malos cristianos tanto han envilecido.

Sí, aquella amorosa efigie, ante la cual se consumaban los bárbaros autos de fé por los verdaderos herejes, todavía hoy para baldón de las naciones cultas, se muestra á los desgraciados reos de muerte como símbolo de amor y de perdón. Tanto de ella ha abusado el temerario orgullo de la intolerancia religiosa, que en vez de honrar á tan sublime retrato, sólo han conseguido hundirle como se hundieron para no volver aquellas ediosas fórmulas del santo tribunal. Mas no sepultarán el inmenso amor que encierra la doctrina moralizadora del mártir del fanatismo, pues ella crece pura y sin mancha entre el lodazal de las pasiones humanas.

Tan tétrico era lo que me rodeaba, que sólo pensamientos lúgubres acudían á mi mente, aumentados al contemplar aquellos nidos de espionaje colocados en ángulos donde la luz penetraba menos y metidos en ellos hombres como todos los demás, con las mismas pasiones y quizás más intensas, por lo mismo que las han de ocultar á la faz pública. Por esto (haciendo honrosas excepciones) vemos que no perdonan medio alguno para alcanzar lo que tan ilegalmente no se les tolera.

Así meditando, ví levantarse una hermosa niña que debía contar la incomparable edad de los capullos, cándida como ellos, que paulatinamente van abriendo las hojas de sus puros sentimientos.

No debió haber respetado su inocencia y candidez el amigo de secretos sociales, de quien acababa de separarse, porque en las nacaradas mejillas de aquella rosa, se notaba bien el rubor de la vergüenza, que seguramente le había producido el saber ó aprender cosas ignoradas, ocultas cuidadosamente por el velo de la inocencia, que sólo debe descorrer á su vista y á su debido tiempo, el futuro esposo ó la previsora madre.

Pronto ocupó el sitio que dejó la niña, una desdichada anciana; cuyo demacrado semblante denotaba las huellas del sufrimiento. Al momento fué despachada demostrando al retirarse una desconsoladora impresión producida por el desengaño. Sus piernas vacilaban y su débil pecho exhalaba fuertes suspiros que al contagiarse conmigo formaban fúnebre acorde.

Fijéme en mis protagonistas y ví que trémulas aún y sobresaltadas se arrodillaban de nuevo ante el altar llamado de la comunión, donde esperaban recibir con ésta, el sancionamiento legal de sus anteriores prácticas... ¡Qué fatales pensamientos formulaba mi razón! ¡Qué consecuencias tan imperfectas acudían á mi mente dictadas por la lógica moral! Presentábaseme que estos templos, más que la casa del Dios de misericordia, debieran llamarse centros de explotación comercial por las tarifas que regulan sus actos piadosos. Sabido tenemos que si carecéis de dinero, difícilmente cristianarán á nuestros hijos, ni casarán á vuestros parientes, ni celebrarán misas para vuestros difuntos padres, ni un pequeño responso para vuestros abuelos. El fúnebre cortejo que no paga pasa por la puerta de estos templos como si pasara un perro á quien se lleva á enterrar. Nada importa que el pobre que dejó esta vida, fuera modelo de virtudes y honradez ó un criminal que tenga que ir (-egún ellos) derecho al infierno. Allí sólo se recomienda ó abre la puerta del cielo á quien paga bien. En esas casas sólo se atiende á la ostentación y al oropel que contribuye al bienestar mundano, haciéndose caso omiso á la constante acusación

que formula esa doble hilera de pordioseros que se sienta en las gradas de sus concurridas puertas.

¡Abrid los ojos, queridas compañeras! Razonad y meditaad conmigo y llegaréis al convencimiento de que estos templos, lejos de ser considerados como á templo que encierra la verdad eterna, sólo les es propio el nombre de templo perecedero.

La niña en cuestión desapareció de mi vista, pero no la anciana á quien seguí, al notar que de sus enrojecidos párpados brotaba una furtiva lágrima. Con paso lento dobló la calle y salió á un campo de los muchos que cercan nuestras afueras. Le seguí los pasos hasta que la ví sentarse junto á una fuente cuyo murmullo apacible parecía decirnos: "Descansad. Venid á apagar vuestra sed con el cristalino líquido que os ofrece vuestra madre la Naturaleza. Toscos son mis asientos, pero los puede pulimentar el hombre acomodándolos á vuestro agrado, pues en el fecundo seno de esta madre, hallaréis todo cuanto podeis apetecer, si sois laboriosos y constantes."

Me acerqué á la anciana dándole los buenos días, que me fueron contestados con laconismo; más lejos de intimidarme, la dije:—Buena anciana, leo en vos el sufrimiento. No me mueve la curiosidad al dirigiros mis palabras, pero he observado vuestra desesperación al separaros del sacerdote á cuyos pies os habeis arrodillado hace poco, y aunque nada puedo y menos valgo, no dejo de comprender que la humanidad debemos consolarnos mutuamente, pudiendo ser de tanta valía el pequeño óbolo del pobre, como el más crecido del potentado.—Al oirme, gruesas lágrimas rodaron por sus demacradas mejillas, y me preguntó:—¿Me habeis visto en el templo?—Si, os he visto y además he comprendido habríais sufrido hondo desengaño.—Es verdad, me dijo, lo he recibido. Tengo un hijo enfermo, he agotado todos mis recursos y pensé que por medio de la confesión se me atendería en mi desgracia. Pronto se me ha despedido diciéndome que cuando Dios manda estos castigos á sus hijos, deben serles necesarios. Yo, al oir tan absurda lógica, teniendo tranquila mi conciencia en cuanto á estos merecimientos, quise protestar, y lejos de ser escuchada, se me despidió diciéndome: está V. absuelta.—Es tanta mi amargura, señora, que antes de volver á mi desnudo albergue, he venido á llorar á este retiro, deseando que los rayos del sol me presten el calor y calma que me niegan mis semejantes y esperando que en ese puro ambiente Dios ilumine mi razón, pues no puedo creer que su justicia nos trate tan implacablemente.

—Muy bien razonais, mi buena anciana; mas ¿cómo teniendo tan despejada inteligencia habeis ido á buscar luz donde todo es obscuridad y á pedir pan donde abunda el egoismo?—Por el desesperado estado en que me deja el abandono de la sociedad y por la fé religiosa que aún anidaba en mi alma, según las enseñanzas tradicionales de mi niñez.—Decís muy bien, así me lo había figurado, y, por lo tanto, ya que en las críticas ocasiones de los grandes desengaños es cuando mejor se reconoce la verdad, tendré el placer de aprovechar ésta, para enseñaros como librepensadora, cual es nuestro templo y quien es nuestro Dios.

Apoyada en mi brazo la anciana, subimos ambas una pequeña cuesta y nos sentamos de nuevo al pié de un frondoso árbol. Era tan hermoso el panorama que se extendía ante nuestra vista, que quedamos embelesadas absorbiendo el aire puro que nos prestaba la suave atmósfera de una mañana del mes de Mayo. ¡Cuán bello es esto, objetó la anciana!—¡Magnífico!, la contesté. Cuadro al natural que nunca cansa su contemplación é imposible de representárnoslo el pincel del mas hábil artista humano.

Este precioso paisaje es el templo eterno del librepensador. Despues de este, no

vemos otro que el de nuestro hogar y nuestra conciencia. Sus mejores sacerdotes los respectivos jefes de cada familia y sus vírgenes y santas, todas las madres virtuosas que cumplen con amor la religión del deber. Aquí, amable anciana, se contempla mejor que en parte alguna el fiel reflejo de un Dios que no necesita amarillenta luz artificial, pues posee millones de focos solares á cuyo alrededor giran mundos mayores que el nuestro. En ellos se vive como en éste, según lo tiene demostrado la ciencia, aún en su insignificancia de hoy; y si tanta grandiosidad encierran los pocos á que están limitados aún nuestros elementos de estudio, ¿qué no existirá más y más allá en ese eterno infinito? Examinando lo cercano, observamos que desde la más pequeña yerbecilla hasta el árbol más corpulento todo en la naturaleza virgen forma la armonía de un conjunto perfecto con la energía por igual del amor al trabajo ó producción. Aquí no hay más nota discordante que la que forma la humanidad con sus desigualdades y privilegios. Hasta la pequeña yedra sube en busca de sol y progreso hasta la cúpula de gigantescos árboles. Todo aquí respira libertad y poesía. Los componentes de la naturaleza son libres, como libre será el hombre cuando haya estudiado su origen y su deber, comprendiendo que es una parte íntegra de la misma y se convenza de que nadie es superior ni inferior á su semejante.

Consideremos el amor de esta madre común tan fecundo y veremos como de todo lo que atesora nos brinda y ansía hacernos sus poseedores. Para ella no hay fronteras, ni nacionalidades, ni razas; lo mismo cobija y alimenta al cristiano, que al judío, que al mahometano, etc., etc. Jamás ha preguntado que religión profesaban los que la han querido explorar, y aunque los adelantos de la ciencia, en la dinamita, por ejemplo, le hayan arrancado lágrimas de dolor por los actos criminales en los que se ha empleado, lejos de inmutarse, ha indicado mucha actividad á la inteligencia para que aprovecháramos este producto como agente de nuestro progreso en los ramos de la ciencia y producción. En esta madre naturaleza tiene el hombre todo lo que necesita para sus construcciones y elaboraciones de obras de arte. El artista encuentra barro para modelar bustos y esculturas que más tarde han de llenarle de gloria. Saliendo de aquí todos los materiales, culpa no es de la naturaleza si con ellos se construyen chozas y palacios y sí del hombre que establece las clases y los privilegios. Todo en este templo es vida, nada muere. Solo enmudece breve plazo, para luego progresar en la elaboración de las eternas metamorfosis. El progreso es perpétuo en su marcha evolutiva eterna.

Investigando las atmósferas interplanetarias, estudia la ciencia, la materia cósmica, anhelando encontrar el hilo telefónico ó la ley flúidica, que nos permita un día comunicarnos con nuestros hermanos de esa inmensidad de mundos que pueblan el universo. Dejo mis razonamientos para continuarlos en otra ocasión, pues son tan múltiples los tesoros de este templo de la verdad eterna, como inagotables son los temas en que se puede basar la grandiosidad de la naturaleza.

Descendiendo de la atmósfera del idealismo, debo manifestaros que al terminar mi peroración estaba la anciana encantada con la sublimidad de mis filosofías y sólo me contestó emocionada:

—Razón tenéis. Este sí que es el templo donde se debe orar contemplando las maravillas de la creación, y á los niños que se les enseñe á estudiar en este libro, serán verdaderos redentores de la humanidad porque habrán aprendido su común origen.

¡Qué diferencia de este templo al percedero! Éste nos convida al eterno amor y á la poesía de la paz eterna, y aquél nos enseña con sus tradiciones un inmenso

camino anegado de sangre inocente y regado con las lágrimas del pobre que busca subir su calvario, por entre las absurdas prácticas y fanatismos sociales.

Enseñemos á nuestros hijos la sólida verdad del Dios de la naturaleza y su amor nos alimentará en el camino del trabajo y del saber, con lo cual seremos dignos de la felicidad que debemos disfrutar todos en la presente vida. Aprendamos á no creer ni admitir nada que no sea axiomático en el terreno de la ciencia. Rindámosle gratitud demostrada con la práctica del mútuo respeto, seamos virtuosos y tolerantes, y donde están estas unidades es donde verdaderamente existe Dios.

Saludémosle en la naturaleza que es el templo de su verdad eterna y huyamos de todos aquellos que son la rémora de la ciencia y enemigos terribles de la libertad.

CONCHA SERAS.

---

## UN ENTIERRO SOLEMNE.

---

### I

Hay momentos en la vida que si no se dijera á alguien que se sufre mucho, el cerebro se rompería por que no podría contener las ideas que en abullición continúa concluirían por enloquecernos ó por inutilizarnos el organismo, hasta el punto de sernos completamente inservible; y en esta situación nos encontramos nosotros después de haber presenciado un acto que continuamente se repite, pero que á pesar de su vulgaridad, siempre interesa el desarrollo de su acción, siempre causa sentimiento su inevitable desenlace, y se derraman lágrimas en las cuales se evapora la angustia más horrible que se experimenta en la vida.

Hemos permanecido diez ó doce horas al lado de una familia amiga, que en menos de un segundo ha visto desaparecer su alegría, su tranquilidad, su felicidad, puede decirse. Un matrimonio con diez hijos, el mayor de veintidos primaveras, y el menor de dos inviernos, vivían tranquilos en la mas humilde medianía; todo el día lo pasaban juntos cantando como jilgueros al monótono compás de unos cuantos telares donde tejían pañuelos de algodón: y ganándose el pan con el sudor de su frente, los mayores trabajaban en unión de su padre, y los pequeños jugaban en torno de su madre, mientras ésta en la cocina codimentaba el alimento para todos.

Por la noche ningun individuo de la familia salía de casa; todos reunidos hablaban del trabajo hecho, de la tarea del día siguiente, y únicamente el domingo salía el padre con la hija mayor para asistir á una sesión en un centro Espiritista, el hijo segundo paseaba con un amigo, y la madre solía quedarse en casa cuidando de los más pequeños. Este plan de vida se alteró con el casamiento de la hija mayor, que dejó un vacío en su familia difícil de llenar; hubo días de tristeza y de alegría á la vez; restableciéndose la calma y acostumbándose á ver uno menos en la mesa; y cuando la jóven recién casada participó á su madre que ella también esperaba serlo, y su padre sonreía gozoso pensando en el nietezuelo que vendría á pedirle sus caricias, cuando las mas risueñas esperanzas les halagaban á todos, el 17 de Agosto último, se levantó por la mañana muy temprano el honrado obrero, el bueno de Jaime, llamó á sus hijos para comenzar el trabajo, concluyó la tarea que se había impuesto cantando alegremente como de costumbre, comió rodeado de su numerosa familia y terminada la comida, se puso á escuchar atentamente lo que

uno de sus hijos le leía, y cuando más embebido estaba el chico en la lectura oyó un grito de su madre que decía: ¡Jaime! ¿qué tienes? El muchacho levantó la cabeza y vió que su padre estaba al parecer dormido, más ¡ay! que estaba dormido con el sueño de la muerte!

Ni un grito, ni un gemido, ni la más leve exclamacion habia precedido á la separacion repentina de aquel espíritu que dejó su envoltura sin hacer el menor gesto, sin que el mas debil estremecimiento agitara sus miembros, sin que el sudor de la agonía bañara su frente, tan en silencio se fué que su familia no quería creer que estuviese muerto; y le aplicaron cuantos reactivos se usan para volver en si á aquellos que pierden el sentido; pero todo fué inútil y al fin tuvieron que convencerse que Jaime, el honrado obrero, el que nunca se cansaba de trabajar, el libre pensador que supo levantar muy alta la bandera del Espiritismo, el que creó un buen centro espiritista, el que dotó á una ciudad levítica de un cementerio civil, el que no le dolió perder una posición desahogada por difundir la luz de la verdad, y de fabricante medianamente acomodado, se convirtió en humilde obrero, el espiritista de corazón habia dejado la tierra, no sintiendo en su tránsito ninguno de los dolores que acompañan á esa crisis llamada muerte. No murió como el justo sonriendo beatíficamente; murió como habia vivido, trabajando con su entendimiento, puesto que escuchaba atentamente lo que leia su hijo en el instante que su espíritu abandonó un cuerpo fuerte y robusto, que nunca se rindió á la fatiga del trabajo, que nunca se quejó porque sus fuerzas se aniquilaran.

La sorpresa, el asombro, el espanto de su familia no puede describirse, no podían convencerse que hubiese muerto el que minutos antes cantaba y reía y daba órdenes á sus hijos para comenzar el trabajo de la tarde.

Al día siguiente fuimos á ver á la viuda y á los huérfanos y á contemplar el cadáver de Jaime vestido con su traje de obrero y sus manos una sobre otra. Aquellas manos tan ágiles, que tanto se habían movido al impulso de una poderosa voluntad, permanecían en reposo, aquellos ojos que simultáneamente se habían fijado en las obras espiritistas y en los hilos de su telar, estaban cerrados, habían renunciado á mirar las maravillas de la tierra.

Su frente pensadora no estaba surcada por las arrugas del remordimiento, en aquel semblante no habia la menor huella de los dolores humanos; el espíritu que animó á aquel cuerpo no le habia hecho sentir ninguna de esas horribles sacudidas que imprimen un sello doloroso, sello imborrable que no pierde ninguno de sus perfiles mientras en el organismo permanecen compactos los átomos.

Ante aquel cadáver no se experimentaba angustia, al contrario, inspiraba respeto y admiración.

Nada inútil le rodeaba, nada supérfluo; descansaba sobre unas tablas colocadas estas sobre cuatro sillas, le cubría una sábana blanca que continuamente era movida por sus hijos para ver si su semblante se animaba con una sonrisa, pues no acababan de convencerse que su padre estuviera muerto.

Trajeron la caja y le colocaron en ella, operación que presencié su hijo más pequeño que sólo cuenta dos años: éste, miró con suma atención el ataúd que estaba forrado ó pintado de negro, y debió quedarse muy grabada en su imaginación la caja mortuoria, según lo demostró dos horas después.

Cuando nos sentamos á la mesa, dijo el pequeño á una de sus hermanas:

—Milagro, llama á papá, dile que vamos á comer.

—Deja, que no venga, está durmiendo; contestó la niña sonriéndose tristemente,

El niño se quedó pensativo, y volviendo la cabeza hácia la habitación donde estaba su padre replicó:

—No duerme papá, no; está en el carril.

El niño tenía razón, su padre estaba en el carril de la eternidad.

## II.

Llegó la hora de partir, y penosamente impresionados por la escena que precede á la colocación del ataúd en el coche fúnebre lamentando que en la tierra todo ha de costar lágrimas y que las afecciones más puras han de ser origen de inmensos dolores, descontentos, muy descontentos de nuestra estancia en el mundo, donde la contrariedad es continua, donde mientras más se ama, más terrible es la separación del sér amado: subimos á un coche para acompañar á su última morada á uno de nuestros mejores amigos.

Un viento huracanado agitaba las copas de los árboles; cuando llegamos al cementerio negras nubes enlutaban el horizonte, y menuda lluvia comenzó á regar la mansión de la muerte.

Los últimos rayos del Sol pugnaban por rasgar las nubes, pero todo fué inútil, un fuertísimo aguacero dominó la situación; pero á los acompañantes de Jaime no nos arredró la tempestad, por mas que se presentaba imponente y terrorífica.

El trueno resonaba en las montañas y el eco repetía la imprecación de la naturaleza; la lluvia verdaderamente torrencial inclinaba los arbolillos que se doblegaban y aparecían ante nosotros como seres humanos que lloraban la muerte de un hombre de bien.

Cuando fué abierta la caja por vez postrera y contemplamos aquel rostro sereno el trueno retumbó con mas fuerza, y dijimos á uno de nuestros compañeros.

—Nunca hemos asistido á un entierro mas solemne. Cuando mueren los soberanos de la tierra, cuando se van los capitanes generales y los potentados, las descargas de fusilería y los cañonazos de ordenanza atruenan el espacio, y al dejar este mundo un pobre obrero, la naturaleza se encarga de saludarle con sus truenos y de regar la fosa que en breve ocultará sus restos.

Hicieron descender el ataúd lentamente, pero no lo bastante para evitar un golpe seco al chocar la caja contra el fondo del hoyo, los enterradores apresuraron el trabajo y arrojaron varios capazos de tierra sobre el féretro que al caer produjeron un ruido que no se parece á ninguno, resuena de un modo tan especial y dura tanto el eco de aquella extraña vibración, que experimentamos una sensación jamás sentida, nos parecía que manos de hierro invisibles para nuestros ojos, llamaban á las puertas de la eternidad, y al quedar cubierto el ataúd con la tierra húmeda, exclamamos con profunda tristeza:

—Si no existiera un más allá: ¡qué horrible seria la vida! ¿qué queda de aquel obrero infatigable, de aquel libre pensador que trabajó cuanto pudo y cuanto supo en la causa del progreso universal? ¿qué queda de su iniciativa? nada! un cuerpo inerte sepultado en la fosa comun, confundido dentro de poco tiempo con los restos de otros desheredados, sin que una cruz señale el sitio donde se disgrega un organismo que sirvió de poderoso auxiliar á un espíritu amante del adelanto. ¡Qué desconsoladora es la miseria hasta mas allá de la tumba.!

Si el espíritu no conservara su individualidad, si al perder su cuerpo no pensara no sintiera, y no pudiera hacer uso de su voluntad, lo repetimos, la vida seria una pesadilla horrible.

Nunca hemos necesitado tanto el poseer la convicción de la inmortalidad del alma, como cuando escuchamos el ruido que producía la tierra al chocar violentamente contra el ataúd: entonces evocamos todos los recuerdos de las pruebas innegables que tenemos de la comunicacion de los espíritus y dijimos.

No todo acaba aqui, no; ese cuerpo que ha vuelto al gran laboratorio para disgregar sus átomos, deja un surco luminoso trás de sí: sus hechos, su historia, sus sacrificios no han sido perdidos, todos, todos le serán recompensados; y él asistirá á su apotéosis, él verá germinar en la tierra la semilla que arrojó con abundancia, y volverá á este planeta con nuevos bríos para recoger la cosecha. ¡Oh! si, si así no fuera, ¡qué horrible seria la vida, y qué desconsoladora la muerte!

Vivimos si, vivimos eternamente: nos íbamos repitiendo al salir del cementerio; aquí no dejamos mas que un vestido viejo que nos hace un gran servicio mientras permanecemos en la Tierra, y que nos embarazaria si tuviéramos que conservarlo cuando se convirtiera en inútiles harapos. Es tan necesaria la idea de la inmortalidad despues de asistir al entierro de un sér querido, que hasta el momento á que nos referimos, no hemos apreciado en toda su grandeza la verdad del Espiritismo: es necesario sentir mucho, es preciso tocar los dolores inmensos de la vida, hace falta asistir al epílogo de las existencias para comprender que la comunicacion de los espíritus es la luz y es la vida, es fuego sagrado, es la iniciacion en los grandes misterios que encierra el infinito, sin ella no comprendemos que puedan vivir los desgraciados.

Como lo que mucho vale, mucho cuesta, el conocimiento que adquirimos en el cementerio asistiendo á un entierro verdaderamente solemne, fué á costa de una gran dolencia física, nuestro cerebro, á semejanza de una caldera de vapor que funcionara con doble presión de la que podia resistir, estuvo próximo á romperse en pequeños fragmentos, tan horrible fué el dolor que sentimos en él, pero ha sido un dolor de gran utilidad para nosotros, y asi como Hanneman probaba en sí mismo el efecto de sus medicinas, de igual manera nosotros probamos en el dolor las fuerzas de que podemos disponer, y la certidumbre, la conviccion profunda que tenemos de la vida tras de la tumba y del progre o indefinido del espíritu.

Hemos quedado tristemente impresionados, nuestra profunda tristeza durará algún tiempo, pero nuestra enfermedad moral y física hará crisis, y entonces con nueva vida nos levantaremos y propagaremos la buena nueva; porque hemos visto al borde de una fosa que no se puede vivir relativamente tranquilo, si no se tiene la evidencia que hay un más allá donde se puede sentir, donde se puede querer, donde puede funcionar la inteligencia en el eterno día del porvenir.

Cuando de hoy en adelante nos pregunten, como muchas veces nos han preguntado, si creemos "en eso de que los muertos viven,," contestaremos así:

Hace tiempo que presentiamos la eterna vida del espíritu, nos convencimos más tarde que nuestros presentimientos eran una realidad, porque escuchamos las voces de los espíritus; pero cuando hemos comprendido en todo su valor la continuidad de la vida, es al dejar depositado en la huesa de los pobres el cadáver de un hombre de bien.

¡Qué sin objeto nos pareció entonces la vida, cuando olvidamos momentáneamente la comunicación de los espíritus! qué oscuro encontramos el planeta Tierra en el breve intervalo de algunos instantes y cuán esplendente brilló para nosotros el recuerdo que surgió de las sombras diciéndonos: ¿Por qué te abates? ¿cómo has podido olvidar la comunicación de ultratumba? ¿por qué miras con tristeza á los muertos cuando sabes que sus espíritus viven? ¿cómo das al olvido tantos años de relación que llevas con ellos? ¿de quién son las innumerables inspiraciones que dejan en tú mente sus luminosas huellas, sinó de los séres desprendidos de su envoltura material? ¡Despierta! que indudablemente duermes cuando olvidas que tu existencia se prolonga en la Tierra por las fuerzas flúidicas que te dan los espíritus.

Y entonces despertamos, y entonces sonreimos, y entonces dimos gracias á Dios por habernos concedido el conocimiento suficiente para comprender en toda su grandeza la innegable verdad del Espiritismo.

Esto diremos á cuantos nos pregunten si creemos que los muertos viven. Sin la convicción del mañana, dadas las condiciones de nuestra vida no podríamos vivir, no esperamos en cielos imaginarios, esperamos en el trabajo y en nuestros hechos esperamos en el progreso indefinido que nos llevará un dia á los mundos donde el amor y la ciencia están unidos en estrecho lazo, donde no habrá diferencia en las tumbas de los pobres y los ricos, donde el Sol de la justicia suprema brillará con todos sus esplendores!

AMALIA DOMINGO SOLER.